

Mi nombre es Alicia. Nuestra hija, Aroa, murió cuando yo estaba embarazada de veintinueve semanas. De esto hace ahora tres años.

Aora era nuestra segunda hija, nos quedamos embarazados después de desearlo mucho cuando Henar tenía dos años. El embarazo transcurrió sin complicaciones, y en la eco de la semana 20 el ginecólogo bromeó: "el único problema que vais a tener es a otra niña corriendo por la casa". Tendríamos otra niña. Recuerdo el hueco que le hice en el armario de Henar, donde empecé a guardar los primeros regalos, algo de ropita. Era una representación del hueco que empezábamos a hacerle en nuestra vida.

En la semana 27, en una revisión ginecológica normal, la doctora nos dijo que veía algo raro y nos derivó al Hospital para una eco más precisa. Recuerdo ese rato con nitidez: yo tumbada, Zigor en otra sala, y paulatinamente llegando más personas a mirar la pantalla. Trataba de captar algo de información entre los susurros y las palabras en un dialecto incomprensible. Finalmente nos llevaron a una sala donde nos dieron el diagnóstico: espina bífida, médula anclada, quizá hidrocefalia y atresia de yeyuno. Nos hablaron de operaciones, de ingresos, de secuelas, de complicaciones...

¿Cómo se asume una noticia así? ¿Qué tenemos en la cabeza para poder encajar esta información? Zigor y yo no éramos capaces ni de caminar por la calle, todo de repente era trágico, nuestra vida se había convertido en algo extraño. Me recuerdo llamando a mi madre, diciéndole "mamá por favor, ven a Madrid, la niña está muy mal, necesito que me ayudes".

Los siguientes días los pasamos en el hospital, sometiéndonos a pruebas, entrevistándonos con especialistas, pidiendo segundas opiniones, hablando con mucha gente, recibiendo mucha información, pero sobre todo los pasamos llorando. Zigor y yo nos abrazábamos y llorábamos como nunca lo habíamos hecho en la vida, nos salía el llanto desde lo más profundo de nuestro pecho. Yo por las noches soñaba que mi hija nacía, y cuando me despertaba por la mañana sentía que mi vida era una pesadilla. La última reunión con los médicos no nos aportó nada nuevo, no hubo buenas noticias, tal y como nos habían adelantado que ocurriría.

Finalmente decidimos que desde el amor a nuestra hija no podíamos permitir lo que iba a ocurrir si nacía. Para mi sorpresa, el eje de la decisión no estuvo en nosotros, ni siquiera en nuestra otra hija. Nosotros sólo podíamos pensar en Aroa, en ese bebé, y a mi sólo me venía el pensamiento "no puedo permitirlo".

Para mi sorpresa también esta decisión no nos causó sentimiento de culpa, ni vergüenza, ni rechazo de mi embarazo. Sólo dolor. Yo decidí aprovechar este tiempo para despedirme de ella, les pregunté a los médicos si ella dentro de mí estaba bien y me dijeron que sí, y dediqué esos últimos días a hablarle.

Tomada la decisión, nos enviaron a una oficina donde esperamos cola y finalmente una mujer recogió nuestra solicitud con un desprecio infinito y se rió con una compañera diciendo "sí, hija, parece que los comités están de moda". Nos dijo que esperaríamos en casa, que unas personas desconocidas decidirían si la solicitud de nuestros médicos podría ser realizada, que tardarían hasta quince días. Al tercer día mi padre fue a la oficina a pedir rapidez, y descubrió con asombro que la respuesta ya estaba allí, pero no se habían molestado en llamarnos. Y la respuesta era no. Sin explicación y sin posibilidad de apelación.

Nuestros médicos mostraron su indignación cuando se lo comunicamos y nos aconsejaron... que viajáramos a Francia. Nos dieron el contacto del Hospital Público de Toulouse. En este momento Zigor y yo nos rompimos, nuestro aguante llegó al máximo y caímos en un estado de shock y confusión. Quedamos paralizados y mi familia tomó las riendas.

Encontraron una persona que podía traducir al francés, contactaron con el hospital público de Toulouse, enviaron todo mi historial médico con todas las pruebas realizadas, y desde el hospital

nos comunicaron que su tribunal ético se reuniría el siguiente martes, pero que el caso era tan claro que podíamos viajar el lunes para allá.

Al llegar a Toulouse descubrimos un mundo de humanidad, de cuidado, de compasión. Todo el mundo nos hizo ver que sentían lo que nos estaba pasando. Nos hablaron con naturalidad del parto, de coger a la niña en brazos, nos preguntaron su nombre y se referían a ella como "Aroa". Ellos entendían que nosotros la queríamos, que lo que estábamos haciendo era nuestra forma de entender ese amor, y que por lo tanto no había nada que esconder. Nos dieron opciones para estar sedada en el parto, para tener una tela y no verlo... pero nos animaron a vivirlo de forma consciente y así lo hicimos. Zigor estuvo a mi lado en todo momento, nos dejaron un tiempo para despedirnos de la niña dentro de la tripa a solas, y después de nacer nos permitieron tenerla en brazos todo el tiempo que quisimos. A pesar de que nunca habría imaginado que aquello podría hacerme bien, hoy siento que abrazar a mi hija y acariciar su cara fue un regalo.

Nos dieron la información para inscribirla en el registro y, puesto que no pudimos traernos su cuerpo, nos dijeron dónde dejarían sus cenizas, un parque a las afueras. Seis meses después paseamos por aquel parque y lloramos recordándola una vez más.

Nadie quiso apresurarse ni evitar el tema, el trato fue inmejorable, desde una comprensión profunda de lo que supone esto para una pareja, sin dramatismos ni exageraciones. Era obvio que este protocolo de atención a personas que pasan por una interrupción del embarazo por motivos médicos era consecuencia de la escucha, de la sensibilidad, y del deseo de hacer una situación tan dramática de por sí lo menos traumática posible. Exactamente lo contrario de lo que nos habíamos encontrado en España.

Volvimos a casa y yo me sentía llena de deseo de amar, de cuidar, de amamantar, y sin Aroa. Me recuerdo inmóvil, confusa, ansiosa, hundida, incapaz de tomar ninguna decisión, parada en mi vida. Nunca me había sentido así, me enfrentaba a emociones desconocidas. No podía dejar de llorar. Era incapaz de comer. Soñaba cada noche con la niña, pensaba obsesivamente en todo lo que nos había ocurrido, me contaba una y otra vez cada detalle de toda aquella película.

Yo me sentía inmóvil, pero mi vida seguía a mi alrededor. Mi hija Henar seguía siendo lo que siempre había sido: una niña llena de energía y alegría. Me demandaba que yo siguiera siendo su mamá, y yo tenía que responder. Por ella empecé a actuar, a hacer algunas cosas, como ir a buscar a la escuela o bajar al parque, jugar y leer cuentos. Supongo que esas primeras acciones, esas rutinas que vas retomando, ayudan a ir lentamente saliendo de ese remolino de dolor en el que estás inmersa. No sé cómo, pero muy lentamente me iba incorporando a mi vida, y quizá cada día me dolía un poco menos por dentro.

En esa época hubo mucho silencio y mucha soledad. La gente actuaba como si yo nunca hubiese estado embarazada. Al volver al trabajo todo el mundo me preguntó qué tal estaba yo con mucho cariño. Pero nadie me dio el pésame por mi pérdida. Entendía que la gente no sabía cómo ayudarnos, así que hice una despedida junto a mi familia, y les pedí en una carta que no evitaran el tema, que Aroa había existido y que queríamos que su hueco quedara ahí, presente. Mi madre se sentó conmigo a ver su cara en la eco 3d, y yo le conté todos los detalles del parto. Me acompañó al 12 de Octubre cuando decidí donar la leche que estaba produciendo. Todo esto a mi me ayudaba infinitamente más que el silencio.

Me acuerdo de la niña todos los días, siempre está de alguna forma en mi cabeza. Pero entiendo que su vida fue la que fue, que sin intervención médica habría muerto al nacer y que para nosotros ese era el tiempo de nuestra hija, su tiempo dentro de mí, protegida de un mundo para el que por desgracia no estaba preparada. No creo en nada trascendente, creo que simplemente las cosas han sido así, e intento extraer algo bueno de la mala suerte que tuvo Aroa. Cada dos de febrero dedicamos el día a pasear por la nieve y a recordarla. Es un día especial para sus hermanos, para nosotros, para los abuelos y los tíos... todas las personas que la estábamos esperando y que tuvimos que encajar que debíamos dejarla marchar.

